

# Rebrota el debate sobre el patrimonio

Varios arquitectos reclaman criterio profesional a la hora de evaluar edificios históricos

La afloración de una nueva conciencia social frente a nuevos retos, como la necesidad urgente de ampliar el parque de vivienda pública —casi inexistente— y la integración de la inmigración, además de la polémica que ha suscitado el futuro del conjunto industrial de Can Ricart, ha reabierto el debate sobre qué hacer y cómo aprovechar el patrimonio arquitectónico de la ciudad. Algunos arquitectos reclaman criterio profesional a la hora de evaluar el valor artístico, cultural o histórico del patrimonio y evitar que se confundan construcciones “viejas” con “antiguas” y que los elementos urbanos se valoren con “miopía” o con “astigmatismo”, como aseguran los arquitectos Ramon Sanabria y Ramon Maria Puig.

“En los últimos 20 años hemos pasado de una impasibilidad absoluta ante el patrimonio arquitectónico a una histeria conservacionista”, aseguran Sanabria y Puig, quienes insisten en la necesidad de preservar no sólo las edificaciones con valor artístico en sí, sino también las que sean ejemplos ilustrativos de la memoria histórica. Pero sin dejar que “la nostalgia del pasado se oponga a la modernidad urbana”, apunta Oriol Bohigas.

Si eso ocurre, se corre el riesgo de convertir el espacio urbano en “un parque temático” sin uso alguno, dice Sanabria, como la ciudad francesa de Carcasona. Precisamente por la falta de criterio, en algunos casos se ha optado por no tocar nada para evitar así las posibles críticas.

La Barcelona del siglo XXI, como expone el también arquitecto Josep Maria Montaner, debería ser capaz de articular, de manera “comprensiva”, su legado patrimonial con la industria y el comercio tradicionales. Además, tendría que integrar la innovación y difusión tecnológica, la economía creativa, la función social, la participación ciudadana en materia de urbanismo y la cultura. El tratamiento del patrimonio “no es un problema de cantidad, sino de calidad, y la ciudad siempre se ha construido sobre la ciudad”, concluye Puig.



Una antigua fábrica del conjunto industrial de Can Ricart.



CARMEN SECANELLA La antigua plaza de toros de Las Arenas se convertirá en un centro comercial y de ocio. CARLES RIBAS

# El patrimonio urbano, a debate

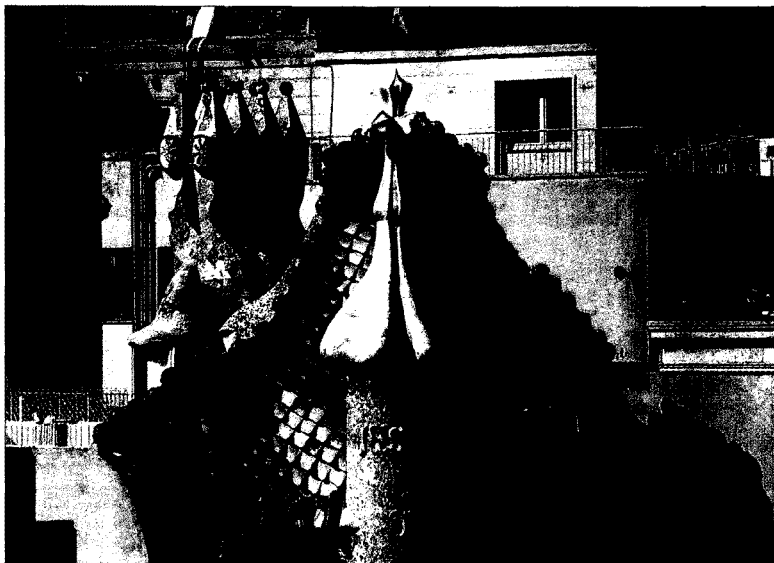
Varios arquitectos reclaman criterio a las administraciones a la hora de decidir el futuro de los edificios históricos

MARTA ALBINANA

Después de la transformación urbanística de Barcelona con la recuperación de la democracia y del autogobierno, y de su conversión en una ciudad atractiva, moderna y dinámica, llegó la eclosión de los Juegos Olímpicos de 1992, y la capital catalana pudo alardear de haber creado un modelo propio de ciudad. También fue crucial, a principios de la década de 1980, la construcción de equipamientos, la ampliación de la red de transporte y la generación de espacios públicos, como los parques o las playas. Entonces prácticamente nadie ponía en duda el éxito de la evolución urbanística y morfológica de Barcelona.

Pero el pinchazo de proyectos

**"Hemos pasado de la impasibilidad total ante el patrimonio arquitectónico a la histeria conservacionista"**



El tejado de la Casa Batlló, con las plantas añadidas del edificio colindante que, según la entidad SOS Monuments, acosan la integridad de la obra magna de Gaudí.

JOAN SÁNCHEZ

## Can Ricart, la cruzada para salvar el legado industrial de Barcelona

A principios de año, el Ayuntamiento de Barcelona descartó celebrar una audiencia pública para debatir de nuevo el futuro del recinto fabril de Can Ricart, en Poblenou, tras la petición de la Federación de Asociaciones de Vecinos de Barcelona. Can Ricart, con más de 1,5 siglos de antigüedad, está afectado por la modificación del Plan de Protección, aprobada el pasado 24 de noviembre por el consistorio, que sólo preserva parte del recinto y ha causado el rechazo ciudadano de la plataforma Salvem Can Ricart. Un portavoz del Ayuntamiento asegura que el plan fue aprobado tras un "procedimiento de participación muy amplio". Pero el grupo de Patrimonio Industrial del

Forúm de la Ribera del Besòs asegura que la modificación del plan original salva el 60% del complejo fabril, una "pieza patrimonial única" que debe preservarse íntegramente. Su programa alternativo — que "combina" actividad privada, vivienda social y equipamientos públicos a la vez que "preserva" la memoria obrera de la ciudad— reivindica la necesidad de dotar la zona de nuevos usos y dinámicas que la revitalicen. El arquitecto Oriol Bohigas sostiene que no hay que hacer un esfuerzo especial para rehabilitar todo el complejo, pues "carece de interés arquitectónico", aunque apuesta por reutilizar las instalaciones en buen estado para equipamientos sociales.

trativos de la memoria histórica.

La clave del debate, apunta Sanabria, reside en que los poderes públicos tengan "criterio" a la hora de evaluar el patrimonio y evitar la confusión entre construcciones "viejas" y "antiguas". O que los elementos urbanos se valoren con "miopía" o con "astigmatismo". No se puede negar que ha habido una gran evolución de la sensibilidad de la socie-

dad hacia el patrimonio urbano a escala europea desde que Le Corbusier quiso demoler una amplia zona del centro de París para construir sus revolucionarios edificios lineales hacia 1925, y que en Bruselas se destruyó un inmueble modernista de altísimo valor artístico en los años sesenta sin que nadie se opusiera. Pero como sostienen Sanabria y Puig, tampoco es útil situarse en el ex-

premo opuesto, pues se corre el riesgo de convertir el espacio urbano en "un parque temático" sin uso alguno, como la ciudad francesa de Carcazona. Por la falta de criterio, en algunos casos se ha optado por no tocar nada escapando así de posibles críticas.

Renovarse o morir. La Barcelona del siglo XXI, como expone Montaner, debería ser capaz de articular, de manera "comprensi-

va", su legado patrimonial con la industria y el comercio tradicionales. Además tendría que integrar la innovación y difusión tecnológica, la economía creativa, la función social, la participación ciudadana y la cultura. ¿Cuál es el papel de los poderes públicos en este asunto? Puig y Sanabria opinan que debería ser el de marcar el grado de intervención en la rehabilitación o transformación de un inmueble para lograr la convivencia de la arquitectura moderna y la antigua con los nuevos usos y demandas sociales.

Los gobiernos no sólo deberían tener esta responsabilidad. Oriol Bohigas, que niega que el modelo urbano de Barcelona se halle estancado, es partidario de que limiten la intervención de las empresas privadas en el proceso de transformación de la ciudad y que obedezcan más a las necesidades de su población. Sin embargo, el jefe de Patrimonio del Ayuntamiento de Barcelona, Jordi Rogent, advierte de que las administraciones no pueden adquirir el legado arquitectónico para convertirlo todo en equipamien-

**Bohigas es partidario de que los gobiernos limiten la intervención de la empresa privada en la transformación de la ciudad**

tos públicos. "Los usos públicos se deben combinar con las actividades privadas", asegura Rogent, quien recuerda que las comunidades autónomas y los consistorios están obligados a velar por el patrimonio y la memoria histórica. Pero subraya un problema: las creaciones artísticas como las esculturas o las pinturas tienen un valor objetivo, lo cual no ocurre con la arquitectura.

El tratamiento del patrimonio "no es un problema de cantidad, sino de calidad, y la realidad nos ha demostrado que la ciudad siempre se ha construido sobre la ciudad. No sirve de nada aferrarse a un edificio viejo porque es viejo", concluye Puig.

colosales como el Fórum de las Culturas 2004; la afloración de una nueva conciencia social frente a nuevos retos, como la necesidad urgente de ampliar el parque de vivienda pública —todavía muy escaso—, y la integración de la inmigración, además de la revalorización del debate sobre qué hacer y cómo aprovechar el patrimonio arquitectónico de la ciudad —a raíz sobre todo del caso del conjunto industrial de Can Ricart—, quizá expresen que el modelo que triunfó en los noventa se ha quedado anquilosado en el siglo XXI, como defienden varios arquitectos, entre ellos Josep Maria Montaner.

"En los últimos 20 años hemos pasado de una impasibilidad absoluta ante el patrimonio arquitectónico a una histeria conservacionista", aseguran los arquitectos Ramon Sanabria y Ramon Maria Puig, quienes insisten en la necesidad de preservar no sólo las edificaciones con valor artístico, sino también las que sean ejemplos ilustres e ilus-